

JOYCE CAROL OATES

DEL BOXEO



Del boxeo es un ensayo sencillo, dramático y de una profundidad evocadora. Te golpea convirtiendo tus recuerdos en jumps, ganchos o rectos de derecha. Te coloca en una posición en donde la insensibilidad solo te convierte en una cosa: un boxeador. Un ensayo donde la exitosa novelista estadounidense vierte certeras reflexiones sobre ser pobre y obstinado, sobre la necesidad de crear héroes y saber triunfar, llevando su mirada y conduciendo la nuestra hacia las raíces del boxeo, aportando singulares puntos de vista sobre un tema del cual escribieron autores como Ernest Hemingway o Mark Twain: el boxeo como metáfora, como espectáculo e historia, el boxeo visto por la literatura, el cine y las mujeres.

Para los contrincantes

1

*Es un deporte terrible, pero es un deporte...
la lucha es por la supervivencia.*

ROCKY GRAZIANO,
ex-campeón mundial de pesos medios

Los dos son jóvenes boxeadores de peso welter, de porte tan uniforme que podrían ser gemelos, aunque uno tiene la palidez de un pelirrojo y el otro es un hispano de piel morena. Cada uno gira en torno al otro, bajo los focos deslumbrantes, intentando golpes cortos, tentativos ganchos de izquierda, crosses de derecha que se disuelven en el aire o se convierten en inofensivas palmadas. ¿Cómo entrar? ¿Cómo sacar ventaja, hacer un punto o dos, meter un solo golpe? Se diría que han olvidado todo aquello para lo que han sido entrenados y la muchedumbre del Madison Square Garden se torna ruidosa, burlona, impaciente. El tiempo se acaba. «Esos dos... ¿qué les pasa? ¿Se levantaron esta mañana y decidieron ser boxeadores, o qué?», dice un hombre a mis espaldas, disgustado. (Es moreno, elegantemente vestido, bigote meticulosamente recortado y gafas oscuras. Un sofisticado *fan* de la lucha. Se las sabe todas. Dos horas después estará gritando. «¡Tommy!, ¡Tommy!, ¡Tommy!», una y otra vez en un paroxismo de dolor cuando, en la pantalla gigante del circuito cerrado de televisión que domina el cuadrilátero, el campeón de los pesos medios Marvelous Marvin Hagler insensibiliza a golpes a su temerario retador, Thomas Hearns).

Seguramente los dos pesos medios son conscientes del coro de befas, abucheos y rechiflas que resuena en el vasto

espacio cavernoso, que llega hasta los módicos asientos de veinte dólares del graderío, en medio del incesante tránsito de gente por los pasillos, el entrevero de olores de *hotdogs*, cerveza, cigarrillos, habanos, gomina. Pero ellos siguen desesperadamente entrelazados en su fútil combate —girando, «bailando», pegando corto, palmeando, enganándose—, en lo que ahora es una borrosidad de golpes flojos, de torpes juegos de pierna, de nuevo un sudoroso, tambaleante y desesperado enganche en las cuerdas que provoca un renovado oleaje de burlas mientras el árbitro los ayuda a separarse. ¿Por qué están aquí, precisamente en el Garden, ambos librando, por lo visto, su primer combate profesional? Ninguno quiere hacerle daño al otro: ninguno está enfadado con el otro. Al sonar la campana, al final del cuarto y último asalto, la multitud abuchea un poco más fuerte. El chico hispano, sedosos pantalones amarillos, pelo rizado, empapado y ondeante, camina por su esquina con la mano enguantada en alto; no en desafío a las silbatinas, que aumentan en respuesta a su gesto, ni siquiera en reconocimiento de ellas. Es sólo algo que él está haciendo, algo que ha visto hacer a boxeadores más viejos, está diciendo *Estoy aquí, lo logré, lo hice*.



Tras el anuncio de la decisión, el abucheo del público aumenta; «¡Fuera del *ring*!», «¡Gilipollas!», «¡Marchaos a casa!». Las desdeñosas risotadas de los hombres siguen por el pasillo a los muchachos envueltos en sus batas, con la cabeza tapada con las toallas, sudando, sin aliento. ¿Qué les hizo pensar que *ellos* eran boxeadores?

¿Cómo puedes disfrutar de un deporte tan brutal?, me pregunta a veces la gente.

Y hay quienes, con toda intención, omiten la pregunta.

Y es demasiado complejo para responder. En todo caso no *disfruto* del boxeo en el sentido habitual de la palabra, y nunca lo he hecho; el boxeo no es invariablemente *brutal*; y no lo considero un *deporte*.

Tampoco pienso en el boxeo en términos literarios como metáfora de algo más. Nadie cuyo interés haya nacido, como el mío, en la infancia —derivado del interés de mi padre— puede pensar en el boxeo como símbolo de algo que lo trasciende, como si su unicidad fuese una mera abreviación, una iconografía; aunque sí puedo aceptar la proposición según la cual la vida es una metáfora del boxeo —en uno de esos combates que siguen y siguen, asalto tras asalto, *jabs* o golpes rápidos, golpes errados, enganches, ninguna certidumbre, de nuevo la campana y de nuevo tú y tu adversario, en pelea tan pareja que es imposible no ver que tu adversario eres tú: ¿y por qué esta lucha en una plataforma elevada y cerrada por cuerdas como un corral, bajo luces calientes, crudas e inmisericordes en presencia de una muchedumbre impaciente?—, esa especie de infernal metáfora literaria. La vida es como el boxeo en muchos e incómodos sentidos. Pero el boxeo sólo se parece al boxeo.

Pues si has visto quinientas peleas has visto quinientas peleas, y su denominador común, que ciertamente existe, no es de primordial interés para ti. Como dijera una vez el escritor católico Flannery O'Connor: «Si la Sagrada Forma fuera sólo un símbolo, yo diría: al diablo con ella».

2

*Soy un luchador que anda,
habla y piensa luchando,
pero trato de no parecerlo.*

MARVELOUS MARVIN HAGLER,
campeón mundial de pesos medios

A semejanza del bailarín, un boxeador «es» su cuerpo, y está totalmente identificado con él. Y el cuerpo está identificado con un peso determinado:

PESO PESADO: sin límite de peso
PESO MEDIO FUERTE: hasta 89 kilos
PESO SEMIPESADO: hasta 81 kilos
PESO MEDIO: hasta 75 kilos
PESO SUPERWELTER: hasta 71 kilos
PESO WELTER: hasta 67 kilos
PESO SUPERLIGERO: hasta 63,5 kilos
PESO LIGERO: hasta 60 kilos
PESO SUPERPLUMA: hasta 58 kilos
PESO PLUMA: hasta 57 kilos
PESO PLUMA JUVENIL: hasta 55 kilos
PESO GALLO: hasta 54 kilos
PESO MOSCA: hasta 51 kilos

Aunque la vieja perogrullada según la cual «un hombre bueno y grande siempre derrotará a un hombre bueno y pequeño» ha quedado desmentida muchísimas veces (la ocasión más reciente fue protagonizada por Michael Spinks con su victoria sobre Larry Holmes), suele suceder que un boxeador invita al desastre cuando pelea fuera de su categoría de peso: puede «subir», pero es muy probable que no pueda «llevar consigo su pegada». Si bien en una época

las distinciones entre pesos eran considerablemente burdas (estableciendo un paralelismo con las injusticias de la vida: las disparidades de la mayoría de los combates fuera del cuadrilátero), los promotores del boxeo y las comisiones han creado una jerarquía de pesos verdaderamente bizantina a fin de reglamentar las peleas actuales. En teoría, estas divisiones tan finamente calibradas fueron creadas para evitar las disparidades; en la práctica, tienen el feliz efecto de crear muchos más «campeones» y muchos más intentos lucrativos de alcanzar los «títulos». Efectivamente, el ambicioso boxeador de nuestros tiempos espera no sólo ser un campeón sino también un gran campeón: un inmortal; puede aspirar a múltiples títulos, como Sugar Ray Robinson (campeón mundial welter y pesos medios que intentó, sin éxito, arrebatarle el título de peso semipesado a Joey Maxim), Sugar Ray Leonard (campeón mundial welter y superwelter), Roberto Duran (campeón mundial de pesos ligero, welter y superwelter que intentó, sin éxito, subir a peso medio), Alexis Argüello (campeón mundial de pesos pluma, superpluma y ligero que aspiró al título de pesos superligeros antes de su reciente retiro).

Para hacer su peso, el boxeador puede recurrir al ayuno o a vigorosos ejercicios en fecha tan próxima al combate que se arriesga a graves trastornos, como en el caso, muy reciente, del campeón WBA de peso gallo, Richie Sandoval, que perdió cuatro kilos y medio en poco tiempo y, durante su combate con Gaby Cañizales, en marzo de 1986, casi pierde la vida en consecuencia. Cuando Michael Spinks marcó un hito en la historia del boxeo en septiembre de 1985, al convertirse en el primer peso semipesado que ganara el título de los pesos pesados, la prensa prestó tanta y tan emocionada atención al cuerpo de Spinks como a su forma de boxear. Spinks había realizado lo que constituyó un *tour de force* del físico; con la ayuda de su entrenador y dietista había creado para sí un verdadero cuerpo de peso pesado: noventa y un kilos de puro músculo. Que su adver-

sario, Larry Holmes, le llevara en peso una ventaja de nueve kilos y pico tuvo poca importancia, pues Spinks no sólo había ganado peso: se había convertido, además, en un «nuevo» cuerpo. Y conservó ese cuerpo nuevo y notable para la defensa de su título contra Holmes, combate que también ganó. En boxeo el fanatismo no puede ir más lejos.

3

*¿Por qué te has hecho boxeador?, le preguntaron al irlandés Barry McGuigan, campeón peso pluma.
Él respondió: «No puedo ser poeta. No sé contar historias...».*

Cada combate de boxeo es una historia: un drama sin palabras, único y sumamente condensado. Incluso cuando no sucede nada sensacional: entonces el drama es «meramente» psicológico. Los boxeadores están ahí para establecer una experiencia absoluta, una pública rendición de cuentas de los límites máximos de su ser; ellos saben, como pocos podríamos saber de nosotros mismos, qué poder físico y psíquico poseen: de cuánto son capaces. Entrar al *ring* medio desnudo y para arriesgar la propia vida es hacer de su público una especie de *voyeur*... el boxeo es tan íntimo. Es salirse de la conciencia de la cordura para entrar en otra, difícil de nombrar. Es arriesgarse, y a veces alcanzar, la agónia (del griego *agón*, contienda) de la cual es raíz.

En el cuadrilátero de boxeo hay dos actores principales, observados por un sombrío tercero. El ceremonial toque de campana es un llamamiento a la vigilancia total para los dos boxeadores y para los espectadores. Pone en marcha, además, la autoridad del Tiempo.

Los boxeadores pondrán en el combate todo lo que son, y todo quedará expuesto: incluso secretos que ni ellos mismos pueden advertir del todo. La personalidad física, la virilidad podría decirse, que subyace en la «personalidad». Hay boxeadores poseídos de intuición tan extraordinaria, de tan misteriosa presciencia, que podría pensarse que están de algún modo rememorando sus combates, no peleando tal como los vemos. Hay boxeadores que actúan

con destreza, pero mecánicamente, que no pueden improvisar para responder al cambio de la estrategia del otro; hay boxeadores que, actuando al máximo de su talento, advierten, a mitad de combate, que no será suficiente; hay boxeadores —incluso grandes campeones— cuyas carreras terminan abrupta e irrevocablemente ante nuestras miradas. Ha habido al menos un boxeador poseído de una conciencia extraordinaria e inquietante, no sólo de cada movimiento actual y anticipado de su contrincante sino también de los más sutiles cambios de ánimo del público, de los cuales parece haberse sentido personalmente responsable: Cassius Clay/Muhammad Ali, naturalmente. «La dulce ciencia del aporreamiento» celebra la naturaleza física del hombre hasta cuando dramatiza las limitaciones, a veces trágicas, más a menudo conmovedoras, de lo físico. Aunque el espectador-hombre se identifica con los boxeadores, no hay boxeador que actúe como un hombre «normal» cuando está en el *ring*, y no hay combinación de golpes que sea «natural». Todo es estilo.

Todo talento debe desplegarse en la lucha. Así habla Nietzsche del pasado helénico, la historia de la «contienda» —atlética, y de otra índole— mediante la cual los jóvenes griegos eran educados en la ciudadanía griega. Sin la ferocidad de la competición, incluso sin «envidia, celos y ambición» en la contienda, la ciudad helénica, al igual que el hombre helénico, degeneró. Si la muerte es un riesgo, la muerte es también el premio... para el atleta vencedor.

En el cuadrilátero de boxeo, incluso en nuestros muy humanizados tiempos, la muerte es siempre una posibilidad, lo cual explica por qué algunos preferimos ver películas o cintas de combates ya pasados, ya definidos como historia. O, en algunos casos, arte. (Aunque para prepararme a escribir este ensayo-mosaico vi las grabaciones de dos infames y recientes combates «mortales»: el de 1982 entre los pesos plumas Lupe Pintor y Johnny Owen, y la pelea de los pesos ligeros Ray Mancini y Duk Koo-Kim, el mis-

mo año. En ambos casos los boxeadores murieron a consecuencia de su pasmosa resistencia y energía inagotable: «del corazón», como se dice en los círculos pugilísticos). En la mayoría de las ocasiones, sin embargo, la muerte en el cuadrilátero es extremadamente improbable; una rara posibilidad estadística, como tu posible muerte mañana a la mañana en un accidente automovilístico o en el próximo siniestro aéreo que reseñen los periódicos del mes que viene o en algún oscuro accidente que entrañe una caída por las escaleras o en la bañera, una fractura de cráneo, una hemorragia subaracnoides. En los combates «mortales», los espectadores suelen sostener que lo que sucedió pareció suceder, sencillamente... impredeciblemente, en cierto sentido accidentalmente. Sólo en retrospectiva aparece la muerte como algo que fue inevitable.

Si un combate de boxeo es una historia, es siempre una historia caprichosa, una en la que cualquier cosa puede suceder. Y en cuestión de segundos. ¡En fracciones de segundos! (Muhammad Ali se jactaba de ser capaz de lanzar un puñetazo a mayor velocidad de la que el ojo podía seguir, y es posible que tuviera razón). En ningún otro deporte pueden ocurrir tantas cosas en tan breve lapso, ni de modo tan irrevocable.

Que el combate de boxeo sea una historia sin palabras no significa que no tenga texto ni lenguaje, que sea de algún modo «bruta», «primitiva», «inarticulada»; ocurre que el texto se improvisa en la acción; el lenguaje es un diálogo de la más refinada especie entre los boxeadores (podría decirse que tan neurológico como psicológico: un diálogo de reflejos detonados en fracciones de segundos) en una respuesta conjunta a la misteriosa voluntad del público, que es siempre que el combate valga la pena para que la cruda parafernalia del escenario —cuadrilátero, luces, cuerdas, la lona manchada, los mismos y atentísimos observadores— quede borrada, olvidada. (Como en el teatro o en la iglesia, el escenario queda borrado, idealmente, median-

te la acción trascendente). Los anunciadores de la primera fila le dan al mudo espectáculo una unidad narrativa; sin embargo, en tanto que actuación pública, el boxeo es, claramente, más afín a la danza o la música que a la narrativa.

Pasar de una pelea preliminar ordinaria a un «combate del siglo» como aquellos entre Joe Louis y Billy Conn, Joe Frazier y Muhammad Ali, Marvin Hagler y Thomas Hearns, es como pasar de escuchar a medias una guitarra perezosamente tañida, a oír el *Clave bien temperado* de Bach perfectamente ejecutado, y eso también es parte del misterio de la historia: ocurre tanto, tan rápidamente y con tal sutileza de infarto que no puede absorberse sino para saber que algo profundo está aconteciendo y que acontece más allá de las palabras.

4

*Trato de darle a mi adversario
en la punta de la nariz porque intento
hundirle el hueso en el cerebro.*

MIKE TYSON,
boxeador peso pesado

El boxeo pretende ser superior a la vida en la medida en que es, idealmente, superior a todo accidente. Nada contiene que no sea del todo intencionado.

El boxeador se enfrenta a un contrincante que es una distorsión onírica de sí mismo en el sentido de que sus debilidades, posibilidad de error y de ser gravemente herido, sus desaciertos intelectuales, todo, puede ser interpretado como puntos fuertes pertenecientes al Otro; los parámetros de su ser íntimo no son más que los ilimitados asertos de la personalidad del Otro. Esto es sueño, o pesadilla: mis fuerzas no son del todo las mías, sino las debilidades de mi adversario; mi fracaso no es totalmente el mío, sino el triunfo de mi adversario. Él es mi personalidad-sombra, no mi (mera) sombra. El combate de boxeo, tan «serio, completo y de cierta magnitud» —para emplear la definición aristotélica de la tragedia— es un evento que necesariamente subsume a ambos boxeadores, del mismo modo en que cualquier ceremonia subsume a sus participantes. (Lo cual explica que se pueda decir, por ejemplo, que el mejor combate de la carrera de Muhammad Ali fue uno de los pocos que perdió: su primera y heroica pelea con Frazier).

El viejo adagio del boxeo —sin duda falso— según el cual no te pueden dejar K.O. si ves venir el golpe, y si te propones que no te dejen K.O., tiene un significado más sutil e intimidador: nada de lo que le suceda al boxeador